

¿Frente a una nueva gran transformación?

Apuntes sistémicos para pensar el ascenso de la derecha radical en Argentina.

Prólogo de María Pía López

¿Frente a una nueva gran transformación?

Ariel Lieutier¹, Nicolás Segal² y Felix Vicente³

¹ Economista, investigador ITE-Fundación Germán Abdala, docente de Sistemas Económicos Comparados (UNDAV).

² Economista, investigador ITE-Fundación Germán Abdala, docente de Sistemas Económicos Comparados (UNDAV).

³ Economista, investigador CIEN

Prólogo

Por María Pía López

La pregunta insiste. Ineludible. ¿Cómo caracterizamos el actual gobierno de la Argentina? ¿Como neo fascismo, como ultraderecha, como experimento anarco-capitalista, como neoliberalismo extremo? Cada una de las respuestas implica situarse en una zona de argumentos y en una cierta biblioteca. En este trabajo, sus autores optan por pensarlo como una modalidad singular de la derecha radical. Esto es, un tipo de derecha que respeta las lógicas procedimentales de la democracia pero que se propone una transformación social y política reaccionaria.

Sin embargo, la categorización no es sencilla y deben confrontar los rasgos predominantes en otras derechas radicales con la singularidad de la experiencia nacional. Aquí, no es el nativismo xenófobo y antimigratorio lo que organiza las pulsiones reaccionarias, sino la defensa de valores tradicionales que se afirman contra las transformaciones producidas o impulsadas por los feminismos masivos. El gobierno busca un principio de legitimidad en la llamada batalla cultural, que si por un lado es el embate contra los trazos fundamentales de una sociabilidad cooperativa y no mercantil o la centralidad del Estado, por otro lado es la pelea contra los derechos civiles de las llamadas minorías, para enaltecer un retorno a la triple afirmación de tradición, familia y propiedad.

Pero la principal singularidad que se señala en este trabajo es que esta derecha radical no es anti neoliberal. Por el contrario, se presenta como la que viene a realizar las reformas neoliberales y a afirmar la primacía del mercado como organizador social. Comprender esto es formular una hipótesis sobre el triunfo mileísta: es en el ciclo de la decadencia económica argentina; en las dificultades que aparecen en el mundo del trabajo, la vivienda, la salud; en la persistencia de una amenaza inflacionaria que corroe planes y destinos, que es posible comprender el malestar con una institucionalidad política que aparece como responsable de esos males mientras sostiene un discurso no neoliberal. Entonces, el neoliberalismo no es aquello con lo cual confrontar sino la promesa a realizar. Con una singularidad: si el neoliberalismo solía aliarse con derechos civiles y multiculturalidad, la ultraderecha argentina va a procurar vincularlo a un orden autoritario y tradicionalista.

Se trata de una discusión -¿cómo nombrar, qué biblioteca elegir para caracterizar un fenómeno?- relevante teóricamente pero también importante en el plano político, porque comprender es un paso imprescindible de la crítica y la confrontación. Este texto es un considerable esfuerzo en ese sentido: el de construir herramientas críticas para la conversación pública.

Introducción

El triunfo de Javier Milei en las elecciones de 2023 transformó drásticamente el mapa político de la Argentina. Una fuerza nueva, con escasa representación institucional y con una agenda de corte extremo, alcanzó la Presidencia de la Nación en su primera participación en una elección ejecutiva, superando a las fuerzas que habían organizado la vida política durante las últimas décadas.

A pesar de lo novedoso de la figura de Milei y su fuerza política, *La Libertad Avanza*, su ascenso no puede pensarse de manera aislada a lo sucedido en otras partes del mundo. *La Libertad Avanza* forma parte de una familia heterogénea de organizaciones a las que se suele denominar como “derecha radical”.

La derecha radical puede ser entendida como un conjunto de movimientos y partidos políticos que, a diferencia de la extrema derecha, operan dentro del marco democrático y juegan dentro del marco formal de las reglas de elección, pero rechazan algunos de los principios fundamentales del liberalismo, como el pluralismo, la igualdad y los derechos de las minorías (Mudde, 2021 y 2024).

Como se desarrollará en este artículo, el crecimiento de los movimientos de la derecha radical ocurre en el contexto de una crisis sistémica, que involucra tanto el reposicionamiento global de los países desarrollados de Occidente en el marco de la disputa hegemónica con China como el desencanto de las sociedades respecto al orden neoliberal. Este desencanto, a diferencia de lo que ocurría décadas atrás, ya no es patrimonio exclusivo de los países de las periferias, sino que se ha instalado con fuerza en los países centrales.

Ahora bien, no puede dejar de señalarse que *La Libertad Avanza* constituye un caso particular dentro de ese movimiento heterogéneo. En general, el núcleo discursivo de las derechas radicales son las cuestiones culturales-identitarias y, en términos económicos, las críticas al orden neoliberal. En cambio, *La Libertad Avanza* no sólo centra su estrategia de construcción de mayorías en su propuesta económica, sino que además esta propuesta sostiene la defensa a ultranza del mercado como ordenador económico y social.

Dada la coyuntura macroeconómica en la que se dio el ascenso de Milei, signada por una elevada inestabilidad, no sorprende que su estrategia de acumulación política se haya montado principalmente en los aspectos económicos de su agenda. Sin embargo, consideramos que centrarse exclusivamente en aspectos coyunturales es insuficiente para explicar el crecimiento de *La Libertad Avanza*.

Reflexionar sobre los diferentes planos que se superponen y contribuyen a explicar el ascenso de Javier Milei —como parte de un fenómeno global, pero con características particulares que lo distinguen— resulta imprescindible para comprender cómo un proyecto de ultraderecha llegó a convertirse en mayoritario en la Argentina, algo que hasta hace no mucho resultaba impensable.

En este trabajo se desarrolla una clave de lectura para el ascenso de Milei como la desembocadura de tres crisis que colapsaron en un mismo momento histórico. En primer lugar, la crisis inflacionaria y macroeconómica que precedió y enmarcó el triunfo de *La Libertad Avanza*; la segunda crisis se refiere a las dificultades estructurales de la economía argentina para insertarse de manera consistente en el orden neoliberal, generando una persistente inestabilidad macroeconómica; finalmente, una tercera crisis de carácter sistémico, asociada al progresivo agotamiento del ciclo acumulación global liderado por los Estados Unidos, y al desafío que representa el ascenso de China para la hegemonía estadounidense.

El ascenso de la derecha radical

Durante el siglo XXI ha surgido una nueva ola de la ultraderecha, que según Cas Mudde (2021 y 2024) se ha visto beneficiada electoral y políticamente por tres grandes crisis: los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 (y otros posteriores), la caída de Lehman Brothers en 2008 y la crisis de los refugiados de 2015. Un cuarto factor que ha contribuido al fortalecimiento de estos movimientos fue la epidemia de Covid-19 y las medidas sanitarias adoptadas para enfrentarla.

El ascenso global de estas derechas en la última década plantea un desafío significativo para las ciencias sociales. Numerosos estudios han surgido para buscar explicaciones al rápido crecimiento de movimientos políticos de derecha radical que, poco tiempo atrás, eran considerados marginales y hoy se han vuelto predominantes en el hemisferio occidental. Algunos se enfocan en los factores determinantes de una creciente “oferta” de políticas de ultraderecha, con causas en la polarización político-electoral y la fragmentación de los sistemas partidarios (Ignazi, 1992), mientras que otros indagan las razones para una mayor “demanda” de sus políticas, motivada por la transición hacia economías posindustriales (Kitschelt y McGann, 2016).

Además del análisis sobre las causas del fenómeno, la literatura también ha explorado los mecanismos que han facilitado el éxito de las políticas

de las nuevas derechas, tales como las dinámicas contemporáneas de las redes sociales (Gerbaudo, 2018; da Empoli, 2019), el “giro gramsciano” de la derecha hacia la lucha contra la ideología de género (Correa et al., 2018), así como la influencia del activismo religioso conservador (Cowan, 2021) y el impulso racista y xenófobo de las élites (Mondon y Winter, 2020).

Estos movimientos han irrumpido con fuerza en el sistema político, con particular intensidad en Europa —aunque no exclusivamente— y demostraron una gran capacidad de movilización. La actual oleada de la nueva derecha ha logrado avanzar en la des-marginación del ideario extremista, que no solo se expresa en el apoyo electoral, sino también en una normalización de su agenda y en el hecho de que cada vez más los partidos ultraderechistas son vistos como socios aceptables para formar coaliciones de gobierno (Mudde, 2021 y 2024).

Como se definió anteriormente, la derecha radical constituye un segmento específico dentro del espectro de la ultraderecha que mantiene una relación ambivalente con la democracia liberal: acepta las reglas del juego electoral, pero rechaza sus valores sustantivos. Esta tensión entre procedimientos democráticos y principios iliberales es precisamente lo que permite su normalización política.

Ahora bien, uno de los problemas que surgen a la hora de caracterizar a la derecha radical es su gran heterogeneidad y la laxitud de sus programas. Hay tres elementos comunes que los caracterizan: a) Nativismo: estos movimientos defienden la idea de que los miembros legítimos del Estado pertenecen a una comunidad “nacional” homogénea, con exclusión de lo “externo” o “ajeno”; b) Autoritarismo: propician la defensa de un orden político-social rígido, con valores tradicionales, mano dura y centralización del poder; y c) Populismo: organizan su praxis política en torno a una cosmovisión moral dualista, donde la política se presenta como una lucha entre el “pueblo” (“la gente de bien”) y la “élite corrupta” (“la casta”) (Mudde, 2021 y 2024).

En lo que respecta a los elementos que movilizan a las bases de apoyo y votantes de la derecha radical, la literatura suele señalar que estas plataformas se postulan como una respuesta a las ansiedades económicas provocadas por la globalización neoliberal. Ya sea que se trate de personas objetivamente empobrecidas o que perciben su situación como tal, suelen ser consideradas “perdedoras de la globalización”, y su adhesión a la derecha radical se interpreta como una forma de protesta frente a situaciones de carencia o privación (Mudde, 2021).

La motivación del apoyo a la derecha radical no es exclusivamente económica. Diversos estudios indican que las motivaciones de las bases de la derecha radical responden a una reacción cultural-identitaria defensiva frente a lo que se percibe como la desintegración paulatina del estilo de

vida tradicional, sentimiento que es catalizado por los procesos de inmigración masiva y la evolución hacia sociedades multiculturales (Mudde, 2021). La relación entre estos aspectos identitarios y la transición hacia sociedades “post-industriales” en los países centrales exhibe una vinculación entre los factores económicos y culturales.

La crítica al neoliberalismo desde la derecha se apoya, además, en un aspecto específico: la narrativa neoliberal, al articularse en torno al valor de la libertad individual, puede entrar en diálogo con ciertos ideales emancipatorios típicamente asociados a la izquierda o a los progresismos, como la autonomía personal, la crítica al patriarcado o al racismo estructural. Esto permite al neoliberalismo recodificar valores progresistas, reconfigurándolos dentro de un imaginario de empoderamiento individual basado en el mercado y el consumo.

Este mecanismo contribuye a dinamizar los valores de rechazo característicos de la derecha radical. En particular, alimenta su oposición al pluralismo, su defensa de valores tradicionales y su construcción de enemigos tanto internos como externos, a los que responsabiliza de la descomposición social y moral. De hecho, algunos autores sostienen que este tipo de movimientos se oponen a un tipo concreto de neoliberalismo: el neoliberalismo progresista (Fraser, 2017).

Si la derecha radical se opone con claridad al neoliberalismo en lo que refiere a sus aspectos cultural-identitarios, en lo económico la relación es más compleja e incluso varía entre las diferentes organizaciones. En general, mantiene los principios fundamentales del libre mercado, pero también suele abogar por la reconstrucción —aunque selectiva y nativista— de algunas de las instituciones protectoras desmanteladas por el neoliberalismo. Es decir que, en sus variantes originales, la derecha radical propone una suerte de estado de bienestar chauvinista (Mudde, 2021), que recupera o preserva elementos del estado social clásico, pero los restringe a quienes son considerados miembros legítimos de la nación.

En síntesis, el ascenso de la derecha radical en el siglo XXI no puede entenderse sin considerar la compleja relación con el neoliberalismo. Mientras rechaza sus implicancias culturales en nombre de una defensa del orden, la identidad nacional y los valores tradicionales, asume una postura ambivalente frente a sus fundamentos económicos. Así, la derecha radical encarna una forma particular de respuesta al neoliberalismo que, lejos de proponer una superación de su lógica estructural, ha conseguido articular un discurso desde la ultraderecha que canaliza el malestar social y propicia una reformulación identitaria desde una perspectiva autoritaria y excluyente.

El neoliberalismo o la antesala del caos sistémico

La coyuntura en la cual las derechas radicales han pasado a ocupar el centro de los sistemas políticos occidentales se puede interpretar dentro un marco más amplio, marcado por el agotamiento del ciclo de acumulación liderado por la hegemonía estadounidense.


De acuerdo con el historiador económico Giovanni Arrighi (1997), la hegemonía de Estados Unidos se inscribe en una secuencia histórica de ciclos de acumulación y expansión territorial del capitalismo. Cada uno de estos ciclos presenta una fase de expansión material, caracterizada por el aumento de la productividad, el crecimiento de la tasa de ganancia en las inversiones productivas y la difusión de nuevas tecnologías.

A cada fase de expansión material le sigue una fase de expansión financiera: cuando las tecnologías alcanzan su grado máximo de difusión y las tasas de ganancia comienzan a declinar, la acumulación de capital en los centros hegemónicos tiende a desplazarse hacia los activos financieros. Esta transición sienta las condiciones para que otro espacio geográfico relance el ciclo de acumulación a través de una nueva fase de expansión material.

Siguiendo este planteo, tienen una relevancia especial los períodos de transición entre la fase de acumulación financiera bajo la vieja hegemonía y la fase de acumulación material bajo la naciente hegemonía del nuevo centro geográfico. Arrighi los describe como momentos de “caos sistémico”, en los que se producen abruptos cambios de precios relativos a nivel global, rupturas y aperturas de mercados, pérdidas de referencia sobre el rol del dinero mundial, entre otros fenómenos que dan la pauta de un momento transicional hacia un nuevo ciclo de acumulación.

El ciclo estadounidense, que puso fin al caos sistémico del período de las guerras mundiales, se instauró con los acuerdos de Bretton Woods y extendió su fase de expansión material durante los “años dorados” del capitalismo, periodo donde predominaron las políticas de corte keynesiano. El giro hacia la expansión financiera desde fines de la década de 1970, que se verifica en el incremento sostenido de la desigualdad de ingresos y el mayor crecimiento del sector financiero en relación con la economía real, coincidió con el éxito del proyecto intelectual del neoliberalismo y su conversión en ideología dominante del capitalismo y núcleo doctrinario de la política económica (Palma, 2009).

Así, lejos de constituir únicamente una doctrina económica, el neoliberalismo debe entenderse como un proyecto político orientado a restaurar el



poder de las élites económicas, debilitadas durante el periodo keynesiano (Harvey, 2007), y como una estrategia de reconfiguración frente a la crisis desencadenada por el agotamiento de la fase de expansión material y el comienzo de la fase financiera del ciclo sistémico estadounidense.

Durante la posguerra, los Estados habían desarrollado mecanismos de desmercantilización que amortiguaban los conflictos sociales y protegían amplias esferas de la vida de la lógica del mercado. El neoliberalismo revierte ese pacto: no implica un Estado más débil, sino uno activo en la creación de nuevos mercados y en la mercantilización de lo previamente excluido.

Este modelo se sustenta en la premisa de que el mercado es el mecanismo óptimo para asignar recursos, generar eficiencia y garantizar libertad. Pero para que esta “libertad de mercado” fuera posible, era necesario desarticular las organizaciones e instituciones del Estado de bienestar, y aún más, todo vestigio de redes comunitarias. En palabras de Margaret Thatcher: *"No existe tal cosa como la sociedad. Existen hombres y mujeres individuales y existen familias"*.⁴

Bajo esta fase reciente de expansión financiera del capitalismo y de predominio del neoliberalismo se produjo un incremento de la desigualdad de ingresos al interior de cada país, generando un tipo de capitalismo especialmente desigual y rentístico. Como consecuencia, se ha retroalimentado un “superciclo de la deuda”: por una parte, el exceso de ahorro de los ricos constituye una masa de liquidez en busca de oportunidades de inversión; por otra parte, la menor participación en el ingreso de las mayorías en Occidente lleva al surgimiento de una “demanda endeudada”, por la cual los mecanismos de consumo y de inversión de la mayoría pasan a impulsarse mediante la deuda. El resultado es una canalización del ahorro hacia la inversión no productiva, incrementando la vulnerabilidad de las economías centrales a las crisis financieras (Mian et al., 2021).

Durante las décadas en que el neoliberalismo proveyó un orden mundial para la acumulación, se combinaron la creciente desigualdad de ingresos con la estabilidad política, al punto de haberse considerado a ese orden como el “fin de la Historia”.

Durante los años de expansión financiera, el consenso sobre la hegemonía neoliberal era tal que tendía a la asimilación de los partidos de izquierda y derecha en una amalgama de centroderecha y centroizquierda, con un núcleo común en materia de política económica que no era materia de

⁴ <https://www.margaretthatcher.org/document%2F106689>

decisión electoral, lo cual algunos autores denominaron como pos-democracia (Crouch 2004; Streeck, 2014).

Sin embargo, esta dinámica de acumulación, que a la manera de la economía política clásica puede definirse como rentística, provocó un paulatino debilitamiento de la inversión, el estancamiento de la productividad y la ralentización del crecimiento en Occidente (Palma, 2025).

Como resultado de la persistente horadación de las bases materiales de la acumulación en favor de las élites rentistas que Palma describe, estas cuestiones dejan de ser solamente tópicos de interés académico para manifestarse como problemas políticos de primer orden. En este contexto se ha puesto en discusión la estabilidad y homogeneidad política de la fase neoliberal.

¿Cada liberalismo engendra su propia ultraderecha?

El consenso posdemocrático que otorgó estabilidad al neoliberalismo durante sus primeras décadas comenzó a resquebrajarse en la actual etapa de acumulación. Por un lado, dentro del polo de centroizquierda emergieron tensiones entre posiciones más afines al statu quo y otras que impulsaban reformas redistributivas: modificaciones en la estructura tributaria para reducir la desigualdad, mayor regulación financiera y una revalorización del rol del Estado en áreas mercantilizadas. Por otro lado, en la centroderecha se profundizaron las diferencias entre quienes defendían la continuidad del orden existente y aquellos que proponían políticas migratorias más restrictivas y medidas con implicancias en la estructura impositiva y el comercio exterior.

En este contexto, la aparición de respuestas refractarias al orden neoliberal no debería resultar sorprendente. Tal como advirtió Polanyi (2007), la propia lógica de los sistemas de mercado autorregulado genera las condiciones para su contestación. Estos sistemas requieren operar sin intervención externa, confiando en que las fuerzas de oferta y demanda autorregulen precios, producción y distribución. Para ello, todos los elementos del proceso productivo —incluidos la tierra, el trabajo y el dinero— deben tratarse como mercancías, a pesar de no serlo en sentido estricto. Estas "mercancías ficticias", según Polanyi, colocan a la sociedad en una posición subordinada al sistema económico, transformándola en un mero apéndice de este.

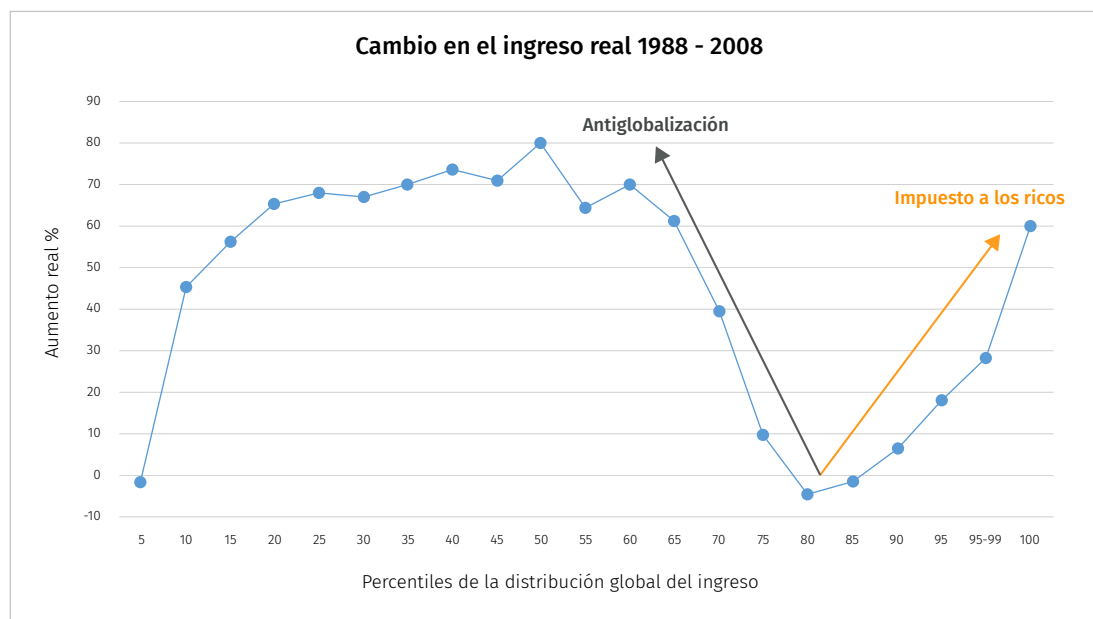
El neoliberalismo no sólo dismanteló instituciones del Estado de bienestar y promovió el individualismo, sino que también profundizó la mercantilización de las relaciones sociales, incorporando nuevas dimensiones de la vida al circuito del mercado. Para Polanyi, los mercados autorregulados son intrínsecamente inestables: “Una institución como ésta no podía existir de forma duradera sin aniquilar la sustancia humana y la naturaleza de la sociedad, sin destruir al hombre y sin transformar su ecosistema en un desierto” (Polanyi, 2007). Esta advertencia adquiere renovada vigencia frente a un neoliberalismo que radicaliza esa utopía autorreguladora.

Las políticas neoliberales debilitaron instituciones sociales, promovieron el individualismo competitivo y socavaron la solidaridad comunitaria. Esto se tradujo en fragmentación social, precariedad laboral, inseguridad económica y una menor capacidad de organización y negociación por parte de los trabajadores. La expansión de la lógica mercantil a esferas esenciales de la vida cotidiana profundizó las desigualdades y generó entornos donde la supervivencia depende crecientemente del rendimiento en mercados altamente competitivos. En este escenario, se multiplican las experiencias de aislamiento, anomia y conductas antisociales (Harvey, 2007).

En este marco de tensiones sociales nacionales y globales, los partidos del "viejo centro" expresaban a los sectores más conformes con el statu quo, mientras nuevas expresiones políticas crecían en los márgenes del sistema, tanto desde la izquierda como desde la derecha. Ambas buscaban representar a los sectores perjudicados por el orden existente, aunque con estrategias distintas. Mientras la izquierda propiciaba la confrontación de clases dentro de las fronteras nacionales, la derecha radical apuntaba a un conflicto entre países, a través de plataformas antiglobalización y políticas proteccionistas.



Esta diferenciación puede ilustrarse con el llamado "gráfico del elefante" (Lakner y Milanovic, 2016), que representa la evolución del ingreso real entre 1988 y 2008 según percentiles de la distribución global. El 1% más rico del mundo registró un crecimiento extraordinario, mientras que los percentiles inmediatamente anteriores (75 al 99) —donde se ubica buena parte de las clases medias de los países desarrollados— tuvieron el menor crecimiento relativo. Este segmento, ubicado en la "boca del elefante", experimentó una pérdida de posición relativa en la distribución global del ingreso.



Fuente: edición propia sobre datos de Lakner y Milanovic (2016)

En contraste, los percentiles medios (35 a 75), donde se concentra la población del este asiático —especialmente de China—, evidenciaron un importante crecimiento en sus ingresos. Estos sectores, junto al 1% más rico, constituyeron los principales beneficiarios de la globalización neoliberal. Por su parte, los percentiles más bajos, predominantemente en África y América Latina, apenas mejoraron sus ingresos, profundizando la desigualdad interna en sus países.

Si bien existe debate sobre la forma exacta del gráfico, sus "hechos estilizados" permiten interpretar cómo las clases medias bajas de los países centrales y periféricos resultaron más perjudicadas en el marco de la globalización. Este grupo, ubicado entre los percentiles 75 y 99, constituye una base potencial de apoyo para proyectos políticos que desafían el orden neoliberal. Algunas investigaciones vinculan este descontento con una mayor adhesión a las derechas radicales, especialmente entre quienes perciben una pérdida de estatus social (Gidron y Hall, 2017).

Durante la consolidación del neoliberalismo, el crecimiento de la demanda interna basada en el endeudamiento permitió sostener cierta estabilidad política a pesar del aumento de la desigualdad. No obstante, el agotamiento de ese modelo y la convergencia de ingresos en el este asiático alimentaron el descontento. Paralelamente, la transición de los países centrales hacia economías posindustriales redujo el peso de sectores laborales tradicionalmente organizados y sindicalizados.

El malestar de las clases medias podía canalizarse por dos vías. Una opción era la confrontación redistributiva dentro de los países centrales, promoviendo impuestos progresivos, desmercantilización de servicios, mayor participación laboral en el producto y límites a la renta financiera. Este enfoque buscaba achicar la distancia entre la "boca" y la "trompa" del elefante (flecha roja en el gráfico). Movimientos como Occupy Wall Street, Black Lives Matter, Nuit Debout, los Indignados o los Chalecos Amarillos expresaron esta demanda. Hacia esa dirección tendieron figuras emergentes que cuestionaron el consenso neoliberal, ya sea dentro de los partidos del centro, para conducirlos hacia posiciones más progresistas (demócratas de los EEUU, el laborismo inglés, el socialismo español y portugués), como en alternativas que surgieron por fuera de los partidos tradicionales y ganaron espacio a costa de ellos (La Francia insumisa, Podemos, Die Linke, Syriza) Sin embargo, estas alternativas en general no lograron consolidarse políticamente.

En cambio, la derecha radical logró capitalizar el malestar, desplazando o absorbiendo a la centroderecha tradicional. Tal como Polanyi explicó respecto al fascismo, estas respuestas autoritarias surgen del caos producido por el mercado autorregulado y sacrifican libertades en nombre de un orden ilusorio. Aunque los contextos históricos son distintos, las derechas radicales actuales comparten con el fascismo la lógica de ofrecer estabilidad frente a la desintegración social provocada por el mercado desregulado (Harvey, 2007).

El programa de la derecha radical articula elementos que reaccionan tanto a la mercantilización impuesta por el neoliberalismo, como al rechazo por la alteración en la distribución del ingreso en el orden internacional. Por eso, su crítica a la globalización se acompaña de una revalorización de los valores autoritarios, jerárquicos y tradicionales. Mientras la izquierda proponía acercar la boca del elefante a la trompa, redistribuyendo desde arriba, la derecha radical apunta a acercarla al lomo desde abajo (flecha negra), buscando recuperar posiciones sin modificar las estructuras distributivas internas. Su plataforma combina nacionalismo económico, restricciones migratorias y proteccionismo comercial, constituyéndose en una forma de reacción autoritaria engendrada por el propio orden neoliberal.

Crisis de hegemonía e intentos de desacople

El estado actual de la política en los países centrales de Occidente muestra un cambio de época con respecto a los años del consenso “posdemocrático” debido al avance de las expresiones de la derecha radical. Como resultado, se ha erosionado la capacidad de las élites políticas y económicas para coordinar una respuesta homogénea a los desafíos globales que garantizara la persistencia de la hegemonía estadounidense. En cambio, se ha instalado una desorientación entre los intentos por preservar el statu-quo ante la creciente insatisfacción popular y, por otra parte, la búsqueda deliberada de un desacople de la lógica del libre mercado mundial, en favor de una disputa comercial, financiera y geopolítica entre bloques de poder.

Este es el caso actual de los EEUU, que a partir de la pandemia de Covid-19 dejó plasmada una inédita falta de liderazgo sobre la hegemonía global (Actis y Creus, 2021). A partir de la guerra en Ucrania, la dimensión geopolítica ingresó dentro de las redes mundiales de producción y distribución, revirtiendo la lógica del libre mercado mundial (Actis, 2022). Más recientemente, con el inicio del segundo mandato presidencial de Trump en 2025, se consagró el copamiento del Partido Republicano por sus sectores más extremos. En sus primeros meses de gobierno se aceleró la guerra comercial de alto impacto con China, con una dinámica aún incierta en su desenvolvimiento, pero clara en su intención, de retirar a los EEUU de su rol como eje estructurador del orden mundial, con el objetivo de reposicionar su estrategia de desarrollo en términos nacionales.

Si bien hasta aquí la exposición se ha centrado en el declive de la fase de expansión financiera, de la ideología del neoliberalismo y de la hegemonía estadounidense, una historia paralela podría trazarse al respecto del ascenso de Oriente, con un rol destacado de China, como nuevo centro de la expansión material del capitalismo, motor del crecimiento del producto mundial y causa de los cambios en la distribución del ingreso mundial. Aunque no es objeto de este trabajo, la decadencia del ciclo de acumulación estadounidense y la emergencia de un nuevo ciclo de acumulación forman parte, a la manera de Arrighi, de un mismo proceso de expansión del capitalismo.

En lo que a nuestro interés respecta, la emergencia de nuevos polos económicos en las últimas décadas no representa un simple reposicionamiento dentro del sistema internacional existente, sino una confrontación con la hegemonía establecida y con las reglas fundamentales del orden mundial vigente. El proceso implica una redefinición de dos principios fundamentales que han estructurado la economía capitalista: el libre mercado y la identificación del interés nacional en el centro de acumulación

con el interés de la clase capitalista —bajo la cual se esconde, en términos de Palma (2025), una verdadera clase rentista—.

En este contexto, la derecha radical se postula como un vehículo de representación para una nueva alianza entre sectores ante el agotamiento de la hegemonía estadounidense en su fase neoliberal. Las derechas radicales reúnen a las élites que resisten una modificación a las estructuras de distribución del ingreso y de la riqueza junto con la porción de las mayorías descontentas que, por su lugar en la estructura social, resultan más proclives a la atomización y al individualismo que a la asociación colectiva.

La Argentina en la periferia de la gran transformación

El triunfo de Javier Milei en las elecciones presidenciales de 2023 incluyó a la Argentina dentro del mapa de los países donde la derecha radical se ha constituido como un actor relevante en la política local y en la vida institucional. Sin embargo, al margen de las similitudes que hacen que *La Libertad Avanza* pueda ser incluida dentro de esa familia de organizaciones, el caso argentino tiene algunas particularidades que lo diferencian de otras experiencias y sobre las que vale la pena detenerse.

Previo a ello, vale destacar que los movimientos de la derecha radical en Latinoamérica tienen especificidades que devienen en diferencias significativas respecto a sus pares europeos. Al respecto, Mudde (2024) destaca que el nativismo en América Latina se traduce más en una defensa de valores culturales tradicionales (religión, familia, orden) frente a influencias externas (feminismo, globalismo, “ideología de género”) que en un rechazo a la inmigración como sucede en Europa. Por su parte, la historia de regímenes militares autoritarios influye en que la derecha radical latinoamericana sea más proclive al discurso de “mano dura” y al uso político de las Fuerzas Armadas.

Otra particularidad de la derecha radical latinoamericana es su mayor compromiso con los principios económicos del neoliberalismo. En efecto, como mencionamos oportunamente, la relación de la derecha radical con el neoliberalismo es compleja, mientras rechaza su carácter globalista y los efectos sobre la soberanía nacional, así como el impacto sobre los aspectos cultural-identitarios que genera la inmigración y la conformación de sociedades multiculturales, es menos claro su ruptura con los principios económicos, pero tampoco puede sostenerse que haya una continui-

dad lineal de los mismos, ya que incluso llegan a plantear la configuración de una suerte de estado de bienestar chauvinista (Mudde, 2021 y 2024).

En esta dirección, la derecha radical latinoamericana se muestra menos refractaria que sus pares europeos a los principios económicos del neoliberalismo. A diferencia de la derecha radical original, las réplicas latinoamericanas mantienen una agenda de relaciones pragmáticas con elementos neoliberales —especialmente en materia económica—, que combinan con un discurso populista y autoritario. El resultado es un modelo híbrido que no cuestiona el neoliberalismo en su raíz, sino que lo instrumentaliza políticamente. De hecho, cuando los líderes de la derecha radical han accedido al gobierno —como en el caso ilustrativo de Jair Bolsonaro— sus políticas económicas han mostrado una clara continuidad con los preceptos neoliberales.

Una hipótesis plausible para esta mayor afinidad de la derecha radical latinoamericana con el neoliberalismo se puede hallarse en las trayectorias políticas de la región. Durante la primera década del siglo XXI, América Latina fue escenario de la emergencia de un conjunto de gobiernos populares de orientación progresista que, como señala Mudde (2024), pueden ser caracterizados como populismos inclusivos.

A diferencia de lo que ocurre en los países centrales, donde la derecha radical se configura en oposición tanto a las élites políticas como al globalismo neoliberal —y, en particular, al denominado neoliberalismo progresista—, en América Latina estas fuerzas se constituyen principalmente como antagonistas de los proyectos progresistas que, en décadas previas, habían surgido o cobrado fuerza a partir del cuestionamiento de las reformas neoliberales.

En este marco, para la derecha radical latinoamericana el neoliberalismo no constituye un adversario ideológico central, sino que es reconfigurado como un dispositivo instrumental que permite disciplinar al "Estado populista inclusivo" y restablecer un orden social percibido como desbordado. De esta manera, el neoliberalismo se convierte en un elemento pragmático antes que en un principio doctrinario, adoptado como herramienta para restaurar el orden frente a lo que consideran los excesos del populismo inclusivo.

Ahora bien, *La Libertad Avanza* y Javier Milei constituyen un caso particular, al representar una versión extrema y singular de la relación entre la derecha radical latinoamericana y el neoliberalismo económico. En este caso, el neoliberalismo no sólo es adoptado de manera entusiasta y sin matices —a diferencia de otras experiencias donde la relación es más pragmática y menos dogmática—, sino que se erige como el eje central tanto de la narrativa política como del programa de gobierno de la derecha radical argentina.

Los postulados de Milei tienen su basamento conceptual en el paleoliberalismo, corriente que bajo la inspiración de Murray Rothbard sostiene una defensa extrema del libre mercado, el antiestatismo y la reducción total del aparato estatal; considera que la igualdad es una ficción peligrosa, y que las desigualdades son naturales y deseables en una sociedad libre, por lo que rechaza cualquier tipo de redistribución o acción afirmativa del Estado (Stefanoni, 2021).

Por otro lado, a diferencia de otros casos de derecha radical en los que adhieren a versiones de nacionalismo que incluyen una mirada proteccionista en términos económicos, el nacionalismo de Milei es más simbólico y cultural que económico. Se materializa en una oposición al multiculturalismo, el feminismo, el ambientalismo y los derechos de las LGBTIQ+, por considerarlas imposiciones colectivistas del "marxismo cultural".

En esta dirección, resulta particularmente llamativo que, entre las diversas alternativas que conforman el heterogéneo espectro de las derechas radicales, la versión que logró emerger como hegemónica en la Argentina sea aquella que enarbola como principal bandera una versión extrema del neoliberalismo, centrada en la exaltación irrestricta de la libertad de mercado.

¿La ultraderecha como antídoto a la inflación?

El análisis del ascenso de La Libertad Avanza revela una centralidad marcada de la agenda económica, en desmedro de los elementos cultural-identitarios que suelen ocupar un lugar prominente en otras expresiones de la derecha radical. Esta característica constituye una diferencia relevante respecto de experiencias comparables a nivel internacional. No obstante, lo más significativo es que, como se ha señalado, la derecha radical suele captar apoyos al presentarse como una reacción frente a las inseguridades económicas producidas por el orden neoliberal. Sin embargo, en este caso se configura una paradoja: La Libertad Avanza articula su propuesta económica en torno a postulados que, en gran medida, representan una profundización del mismo ideario neoliberal que, en otras latitudes, estas fuerzas suelen cuestionar.

Una respuesta a esta paradoja es que el ascenso de La Libertad Avanza tuvo lugar en el contexto de una profunda crisis macroeconómica, en la que el peronismo gobernante evidenció serias dificultades para conducir una economía atravesada por severos desequilibrios. El gobierno del Frente de Todos, que asumió en 2019, se presentó como una restauración y una nueva etapa de los gobiernos kirchneristas —la versión local de los

populismos inclusivos latinoamericanos—, los cuales habían logrado avances significativos en términos de redistribución del ingreso y crecimiento del empleo a lo largo de poco más de una década, mediante un renovado protagonismo del Estado en la economía. Sin embargo, estos gobiernos se vieron progresivamente desgastados por las tensiones entre restricción externa, distribución y crecimiento, y fueron finalmente derrotados en las elecciones de 2015 por una coalición de derecha tradicional encabezada por Mauricio Macri.

El gobierno de Macri llevó adelante un intento fallido de lidiar con la restricción externa, mediante una liberalización extrema de los movimientos de capitales, y un fuerte proceso de endeudamiento, que derivó en niveles inéditos de fragilidad externa. En ese marco, al momento de su asunción en 2019 el Gobierno del Frente de Todos se encontró con fuertes restricciones que se agudizaron, y a la vez condicionaron la respuesta, con la pandemia del Covid-19.

La falta de acceso al mercado internacional de crédito en aquel contexto crítico derivó en un esquema de dominancia fiscal con pronunciados desequilibrios monetarios y cambiarios, lo cual limitó la posibilidad de acumular reservas internacionales. A esto se sumó la falta de cohesión interna de la fuerza política gobernante, que provocó una profunda crisis política, con divergencias que incluso llegaron a expresarse en diferentes acerca de la relación con el Fondo Monetario Internacional. En medio de estas tensiones económicas y políticas, la inflación se aceleró a niveles inéditos en las últimas dos décadas, alcanzando el 211,4% anual en 2023.

Este contexto de agudo desorden económico favoreció el crecimiento de la opción por la derecha radical, representada por Milei. Hasta la pandemia, Milei era una figura pública, pero sin ninguna representación en el sistema político. En 2021 ganó notoriedad gracias a alcanzar un tercer puesto en las elecciones legislativas por la Ciudad de Buenos Aires. El meteórico crecimiento de Milei hacia su elección en 2023 tuvo como ejes el reordenamiento del campo político en términos de un enfrentamiento contra “la casta”, la motosierra como símbolo del ajuste fiscal y la promesa de una dolarización virtuosa como mecanismo de estabilización de precios y recuperación de los ingresos.

El éxito electoral de esta plataforma no se explica solamente por la creciente aceptación de la derecha radical por parte de las élites económicas que promovieron y financiaron la candidatura presidencial de Milei. También fue decisiva la convincente capacidad explicativa del argumento sobre las causas del deterioro económico argentino y su promesa de reversión por medio de una presunta “vuelta a la grandeza” de tiempos pasados.



populismos inclusivos latinoamericanos—, los cuales habían logrado avances significativos en términos de redistribución del ingreso y crecimiento del empleo a lo largo de poco más de una década, mediante un renovado protagonismo del Estado en la economía. Sin embargo, estos gobiernos se vieron progresivamente desgastados por las tensiones entre restricción externa, distribución y crecimiento, y fueron finalmente derrotados en las elecciones de 2015 por una coalición de derecha tradicional encabezada por Mauricio Macri.

El gobierno de Macri llevó adelante un intento fallido de lidiar con la restricción externa, mediante una liberalización extrema de los movimientos de capitales, y un fuerte proceso de endeudamiento, que derivó en niveles inéditos de fragilidad externa. En ese marco, al momento de su asunción en 2019 el Gobierno del Frente de Todos se encontró con fuertes restricciones que se agudizaron, y a la vez condicionaron la respuesta, con la pandemia del Covid-19.

El deterioro secular de la economía argentina durante el neoliberalismo

Durante prácticamente la totalidad de las cinco décadas de vigencia del orden neoliberal, la Argentina atravesó fases recurrentes de crisis, ajustes y nuevas crisis, lo que ha generado un terreno fértil para el surgimiento de discursos que proponen soluciones radicales y rupturistas frente a lo que se percibe como un fracaso sistémico de los modelos económicos tradicionales.

Desde la década de 1970 hasta la actualidad, el desempeño económico de la Argentina ha sido, en términos comparativos, uno de los más pobres del mundo. Esto contrasta marcadamente con la trayectoria que el país había experimentado desde su unificación política en el siglo XIX. En aquel entonces, y hasta principios del siglo XX, la expansión del sistema-mundo bajo hegemonía británica encontró a la Argentina en una situación de complementariedad factorial y relativa homogeneidad política interna. Ello facilitó un acoplamiento con el Reino Unido, que permitió al país ubicarse entre los líderes del crecimiento global.

Posteriormente, entre las décadas de 1930 y 1970, con el desplazamiento de la hegemonía mundial hacia Estados Unidos, la Argentina comenzó a perder posiciones relativas. Sin embargo, durante la fase de expansión material del ciclo estadounidense logró mantener un crecimiento acom-

pasado al de los países centrales a través de la implementación de un modelo de industrialización por sustitución de importaciones (Segal et al., 2024).

El colapso del sistema de Bretton Woods, junto con los shocks petroleros y financieros de los años setenta, marcó un punto de inflexión. A nivel local, el modelo de sustitución de importaciones —que ya evidenciaba signos de agotamiento— fue finalmente desmantelado, sin que lograra consolidarse un patrón de acumulación alternativo que ofreciera consistencia y estabilidad. En paralelo, a nivel global, comenzaba a consolidarse el neoliberalismo como nuevo orden económico internacional.

El desmantelamiento del viejo patrón de acumulación supuso la ruptura de los consensos distributivos que lo habían sostenido, entendidos como los acuerdos —explícitos o implícitos— sobre el modo en que se repartían los frutos del crecimiento económico entre las distintas fracciones sociales. Estos consensos formaban parte del entramado institucional que garantizaba la estabilidad del modelo. Sin embargo, su quiebre no fue acompañado por una reconfiguración ni por la instauración de nuevos consensos distributivos estables. En ausencia de un marco común que organizara las relaciones entre capital y trabajo, la capacidad del Estado para canalizar los conflictos sociales se vio debilitada. Como consecuencia, la distribución del excedente quedó sujeta a disputas abiertas y recurrentes, ya no mediadas por instituciones sólidas, sino determinadas por relaciones de fuerza inestables y contingentes. En este contexto, la economía se tornó más vulnerable a ciclos de inestabilidad y a niveles crecientes de incertidumbre.

Desde entonces, la ruptura de los consensos distributivos provocó la oscilación entre proyectos económicos contradictorios, marcados por la falta de continuidad y coordinación en sus políticas. Esta dinámica ha perpetuado una inestabilidad estructural, en la que las tensiones distributivas se han manifestado a través de una marcada volatilidad macroeconómica.

Solo los gobiernos kirchneristas lograron escapar temporalmente a esta lógica, construyendo un modelo de crecimiento que, si bien no eliminó las contradicciones estructurales, logró gestionarlas mediante una estrategia que combinó expansión económica prolongada, significativa mejora distributiva y fortalecimiento de las capacidades estatales, aunque este modelo no fue capaz de evitar la acumulación de crecientes desequilibrios macroeconómicos que terminaron minando su sostenibilidad con el correr de los años. Del resto de las experiencias, solo la Convertibilidad logró estabilizar la economía e hilvanar varios años de crecimiento, pero lo hizo a costa de una creciente fragilidad externa y en base a un patrón productivo excluyente que derivó en altas tasas de desempleo y deterioro de las condiciones de vida.



A grandes rasgos, la historia económica argentina de los últimos cincuenta años puede ser interpretada como una sucesión de gobiernos de orientación neoliberal, seguidos por otros que intentan articular respuestas redistributivas como forma de lidiar con las consecuencias sociales de aquellas políticas. Sin embargo, en ningún caso logran conseguir la consistencia social y macroeconómica que permitan la consolidación de nuevos acuerdos distributivos.

La última dictadura cívico-militar (1976–1983) marcó un punto de inflexión al imponer un giro radical hacia el neoliberalismo, bajo el liderazgo económico de José Alfredo Martínez de Hoz. Se promovió una profunda liberalización financiera y comercial, acompañada de un fuerte endeudamiento externo y un proceso de desindustrialización, lo que implicó el desmantelamiento de las bases del modelo sustitutivo de importaciones. Los resultados fueron una elevada concentración del ingreso, el deterioro de la estructura productiva y una creciente vulnerabilidad externa, que sentaron las bases de la inestabilidad posterior.

El gobierno de Raúl Alfonsín (1983–1989) procuró restituir el papel del Estado como garante del pacto democrático y del bienestar social, pero se enfrentó a severas restricciones externas, presiones inflacionarias y conflictos distributivos irresueltos. En una primera etapa, buscó infructuosamente articular un bloque regional de países deudores para hacer frente al endeudamiento externo heredado. Asimismo, impulsó un ambicioso plan de estabilización de corte heterodoxo —el denominado Plan Austral— que, si bien mostró algunos resultados auspiciosos en sus inicios, concluyó en un rotundo fracaso. En términos económicos, la gestión de Alfonsín evidenció dificultades para delinear un rumbo consistente en el nuevo contexto global, lo que derivó en un ciclo de estancamiento y un desenlace hiperinflacionario.

La presidencia de Carlos Menem (1989–1999), sostenida por una coalición neoliberal, profundizó la transformación estructural iniciada durante la dictadura mediante un ambicioso programa de reformas de mercado: convertibilidad monetaria, privatización de empresas públicas, apertura comercial y desregulación. El Plan de Convertibilidad representó el intento más acabado de reforma neoliberal del período y, en sus primeros años, fue exitoso en sus propios términos: logró reducir drásticamente la inflación y recuperar la senda del crecimiento. Sin embargo, la prolongación de ese mismo modelo más allá de la estabilización inicial generó desempleo masivo, reprimarización productiva y una creciente dependencia del financiamiento externo, lo que erosionó sus fundamentos de sostenibilidad. La implosión del régimen de convertibilidad a comienzos del siglo XXI, durante el breve gobierno de Fernando de la Rúa (1999–2001), fue consecuencia de estas contradicciones acumuladas.

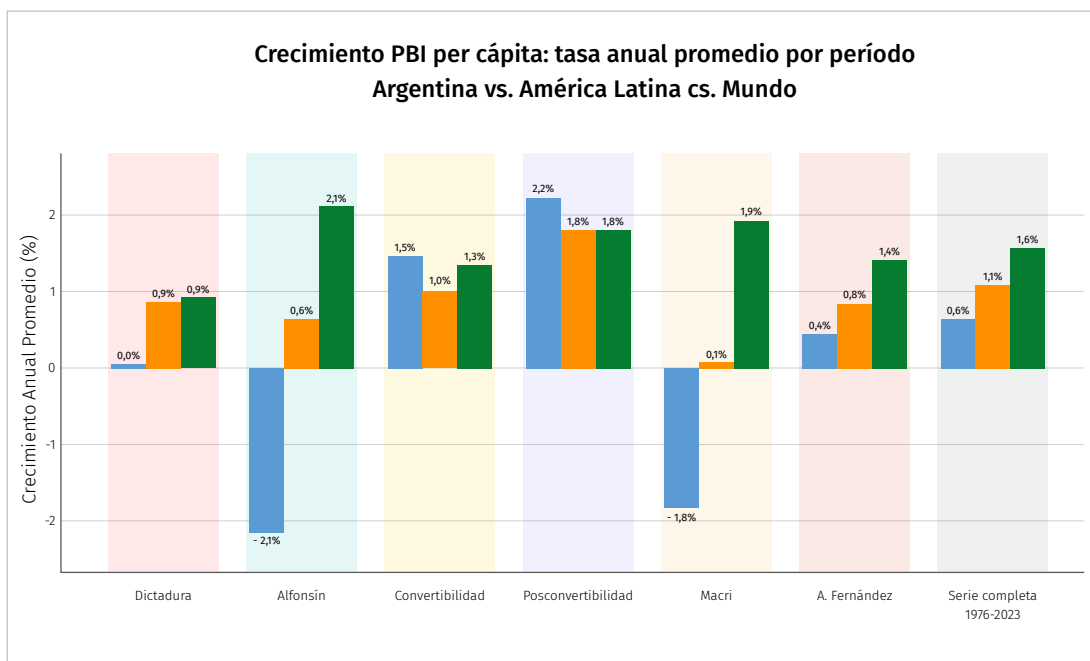
La caída del gobierno de De la Rúa, en el marco de grandes movilizaciones populares, no solo constituyó la primera interrupción presidencial desde el retorno democrático en 1983, sino que también implicó el abandono del Plan de Convertibilidad y puso fin al intento más profundo de instalar en la Argentina al neoliberalismo como forma de regulación económica.

Tras la crisis de 2001, y luego del interinato de Eduardo Duhalde, los gobiernos kirchneristas (2003–2015) impulsaron una reorientación heterodoxa de la política económica. Como emergentes de la crisis del modelo de Convertibilidad, se presentaron como antagonistas al neoliberalismo, promoviendo la recuperación del mercado interno, la reindustrialización, la ampliación de la seguridad social y la mejora del poder adquisitivo. Esta estrategia produjo importantes mejoras sociales, reducción de la pobreza y crecimiento sostenido. No obstante, hacia el final del ciclo, en un contexto internacional más adverso, la persistencia de la inflación y el deterioro de los equilibrios macroeconómicos limitaron su capacidad para consolidar la sostenibilidad del modelo redistributivo.

Finalmente, se sucedieron los gobiernos de Mauricio Macri (2015–2019) y Alberto Fernández (2019–2023), cuyas políticas económicas, con enfoques diametralmente opuestos —como se desarrolló en el apartado anterior—, derivaron en una nueva crisis inflacionaria que precedió el ascenso de *La Libertad Avanza*.

Desde 1976 y 2023 el PIB per cápita creció a un modesto promedio anual de 0,6%, muy por debajo del promedio mundial que en el mismo lapso creció a 1,6% por año. Esta brecha en el crecimiento es mucho mayor si se compara el desempeño de la Argentina con el de otros países de la región en particular. A modo de ejemplo, el PIB per cápita de Brasil en dicho período creció a una tasa promedio de 1,2% y el de Chile a 3,0%, en tanto que la región de América Latina creció a un promedio de 1,1%.





Fuente: elaboración propia en base a datos del Banco Mundial

En síntesis, la economía argentina ha transitado una elevada inestabilidad donde de los 48 años que van entre 1976 y 2023, en 21 de esos años hubo decrecimiento del PIB per cápita y solamente en 2 ocasiones logró sostener el crecimiento por más de 3 años consecutivos: durante la Convertibilidad (1991-1994) y el ciclo kirchnerista (2003-2008). Asimismo, en dicho periodo tuvieron lugar dos episodios hiperinflacionarios (en 1989 y 1990) y solamente en 8 años se dio la combinación de crecimiento del PIB per cápita con tasas de inflación de un dígito.

Planteada en estos términos, la crisis de 2023 puede ser interpretada como una manifestación más de las crisis recurrentes que atraviesan a la Argentina desde la consolidación del neoliberalismo a nivel global. Considerando que en las últimas cinco décadas se han sucedido proyectos que oscilaron entre la aceptación y el rechazo de los instrumentos de política económica promovidos por dicho paradigma, el diagnóstico sobre las vías para superar la inestabilidad estructural del país se bifurca en dos alternativas: una propone su superación mediante una ruptura con el neoliberalismo, la otra plantea su consolidación definitiva e irreversible.

La Libertad Avanza adhiere a esta segunda interpretación. Bajo la narrativa que Milei ha desplegado, el neoliberalismo económico no se presenta sólo como un instrumento para estabilizar la macroeconomía en la actual coyuntura, sino fundamentalmente como un dogma a reivindicar en clave restauradora de un pasado supuestamente glorioso.

Considerando que la inestabilidad macroeconómica en Argentina obedece, en parte, a un conflicto distributivo estructural no resuelto, puede comprenderse por qué las políticas de liberalización y apertura económica características del neoliberalismo son concebidas simultáneamente como herramientas para mejorar el desempeño económico y como mecanismos de disciplinamiento social. Estas políticas, al imponer restricciones externas y limitar la capacidad de intervención del Estado, buscan alinear las expectativas sociales con las supuestas posibilidades reales de la economía, generalmente basadas en ventajas comparativas estáticas.

En este sentido, Pablo Gerchunoff y Juan Carlos Torre (1996) sostienen que la liberalización económica, la apertura comercial y las privatizaciones no solo constituyen respuestas técnicas frente a las crisis, sino que también funcionan como dispositivos para reconfigurar las relaciones de poder y disciplinar a los actores sociales. Estas medidas tienden a reducir la capacidad de presión de sindicatos y otros grupos de interés, estableciendo nuevas reglas del juego que restringen las demandas redistributivas consideradas excesivas.

Así, las políticas de apertura funcionan como un “corset institucional” que restringe la autonomía de las decisiones económicas internas, transfiriendo parte del control a las dinámicas del mercado global. De este modo, se espera que las expectativas salariales y de consumo se ajusten a las restricciones impuestas por la competencia internacional, reduciendo así las presiones inflacionarias y los desequilibrios externos.

Estas particularidades del caso argentino permiten una articulación relativamente orgánica —y menos conflictiva que en otras experiencias— entre la agenda cultural-identitaria de la derecha radical y los componentes económicos del neoliberalismo. Lo que se observa es una adaptación estratégica del discurso global de la derecha radical a las condiciones específicas de una sociedad atravesada por décadas de inestabilidad económica. En este contexto, el vector principal de movilización popular de *La Libertad Avanza* no ha sido el rechazo a las élites globales o a la inmigración —como se ha observado en otras latitudes—, sino la acumulación de frustraciones y malestar económico derivados de la ausencia de una inserción al neoliberalismo lo suficientemente consistente como para al menos, replicar el sendero de relativa estabilidad nominal y moderado crecimiento económico de la región.

El desenlace del gobierno del Frente de Todos, con una inflación persistente y un progresivo desmantelamiento de las capacidades de planificación a nivel individual y colectivo, sumió a amplios sectores de la población en una profunda incertidumbre. A diferencia de otras crisis de carácter colectivo, la inflación afecta de manera inmediata y directa la vida cotidiana de cada individuo, generando respuestas atomizadas: frustración,

pesimismo, ansiedad y una búsqueda desesperada de protección económica personal. En contextos de devaluación constante de la moneda, las reacciones tienden a ser individualistas, lo cual reduce el margen para la acción colectiva.

En este escenario, el marcado desequilibrio macroeconómico que se había vuelto insostenible hizo que la decisión de “cortar el nudo gordiano” —esto es, avanzar en una reconfiguración abrupta de las reglas económicas— fuera percibida como socialmente aceptable. La urgencia por estabilizar incentivó una mayor tolerancia a medidas drásticas, incluso cuando implicaran costos sociales y distributivos significativos. Esta legitimidad inicial habilitó una ventana de oportunidad política para la implementación de reformas estructurales orientadas a estabilizar la economía, aunque ello supusiera, al menos transitoriamente, el sacrificio de las aspiraciones redistributivas que han caracterizado a la economía argentina.

Esta dinámica explica por qué el proyecto liderado por Javier Milei adquirió una morfología eminentemente económica. Sin embargo, sería un error de interpretación considerar que la agenda de la derecha libertaria argentina se limita al plano económico. Bajo la superficie de una plataforma centrada en la estabilización macroeconómica subyace un mismo sustrato ideológico que alimenta a sus pares globales: un cuestionamiento profundo al orden liberal-democrático, a las instituciones republicanas y a los deteriorados consensos sociales forjados en torno al Estado de bienestar en la segunda mitad del siglo XX.



Conclusiones

¿tiempo de grandes transformaciones?

El ascenso de una nueva ola de ultraderecha, expresado en el fortalecimiento político de la derecha radical, debe ser interpretado en el marco de una crisis sistémica en desarrollo. En este sentido, una hipótesis plausible es que dicho ascenso constituya un síntoma de una nueva gran transformación que, de manera análoga a la descrita por Karl Polanyi para los inicios del siglo XX, responda a la inestabilidad estructural generada por el intento de organizar la vida económica y social exclusivamente a partir de relaciones mercantiles.

Con el desmantelamiento progresivo de las capas protectoras que las sociedades habían erigido para defenderse de los efectos desestabilizadores del mercado autorregulado —y al concebir a la sociedad como una mera agregación de individuos aislados, en lugar de una trama de vínculos sociales e instituciones colectivas—, el proyecto neoliberal ha debilitado los mecanismos de integración y contención social, generando un terreno fértil para respuestas políticas que capitalizan el malestar y la desafección.

Ahora bien, que *La Libertad Avanza* forme parte de un fenómeno global no implica que su emergencia sea una mera repetición de lo que ocurre en otros países. El caso argentino representa una variante singular dentro del repertorio de derechas radicales contemporáneas. A diferencia de sus contrapartes europeas o estadounidenses —que suelen articularse en torno a reivindicaciones cultural-identitarias y adoptar una postura ambivalente o directamente crítica respecto del neoliberalismo económico— *La Libertad Avanza* se constituye como una versión radicalizada de la doctrina económica neoliberal, que abraza sin matices los principios del libre mercado, el antiestatismo y el individualismo extremo.

Esta especificidad se explica por el deterioro secular del desempeño económico argentino en las últimas cinco décadas y por la creciente percepción de fracaso de las experiencias lideradas por los partidos tradicionales. En este marco, el neoliberalismo no aparece en el discurso libertario como un régimen agotado, sino como una promesa aún incumplida: el camino hacia una supuesta “normalidad capitalista” que la Argentina no habría logrado alcanzar.

Esta reinterpretación del neoliberalismo como horizonte restaurador permite entender por qué, en un contexto de profundo malestar económico y social, una propuesta extrema logró adquirir legitimidad electoral y constituirse como plataforma de transformación estructural del sistema político y económico argentino.

En este sentido, resulta particularmente significativo el alineamiento propuesto por *La Libertad Avanza* con los Estados Unidos, en un momento en el que dicha potencia también transita un giro hacia la derecha radical y un repliegue respecto de su rol como centro hegemónico del orden mundial. Aún más llamativo es que dicho alineamiento se proponga a través de una mayor apertura y liberalización comercial, justo cuando la potencia norteamericana busca desacoplarse de los impactos del libre mercado global.

La intención de vincularse de forma subordinada con una hegemonía en retirada —en busca de una nueva síntesis político-económica— posiciona a la Argentina como un espacio de experimentación con potenciales efectos ejemplificadores sobre una reconfiguración de la relación centro-periferia, ahora fragmentada entre un “centro occidental” y una “periferia occidental”. La acumulación de desencantos, en este sentido, ha abierto un margen de crédito social y político para esta arriesgada apuesta.

Por todo ello, el ascenso de la derecha radical argentina debe comprenderse como el resultado de la confluencia de tres crisis superpuestas: una crisis inflacionaria en un contexto macroeconómico desordenado; una crisis prolongada de inserción en el orden neoliberal global; y una crisis sistémica de alcance internacional vinculada al debilitamiento de la hegemonía estadounidense.

Mientras que en el corto plazo la sostenibilidad del gobierno libertario dependerá en gran medida del éxito de su estrategia de estabilización macroeconómica, reducir el fenómeno Milei a la irrupción de un liderazgo carismático o a una coyuntura electoral sería un error. Independientemente de los resultados de su gestión, la agenda de la derecha radical ya ha sido instalada en el debate público, y sus posibles efectos no deben subestimarse. De materializarse, dicha agenda, implicaría **una gran transformación** del orden político, económico y social argentino, orientada en una dirección abiertamente regresiva y reaccionaria.

Bibliografía

- Actis, E. (2022). *The era of risk globalization: Geopolitical risks to production, trade, and global value chains*. CEBRI Journal, 1(2), abril-junio 2022.
- Actis, E., & Creus, N. (2021). *La disputa por el poder global: China contra Estados Unidos en la crisis de la pandemia*. Capital Intelectual, Buenos Aires.
- Correa, S., Patternote, D., & Kuhar, R. (2018). *The globalization of anti-gender campaigns*. Democracy and Society (IPS).
- Cowan, B. (2018). *Moral Majorities across the Americas: Brazil, the United States, and the creation of the religious right*. Chapel Hill: University of North Carolina Press. ISBN 978-1-4696-6207-7.
- da Empoli, G. (2019). *Los ingenieros del caos*. Barcelona: Ariel.
- Fraser, N. (2017). *The end of progressive neoliberalism*. Dissent, 64(2), 130–137. <https://doi.org/10.1353/dss.2017.0030>
- Gidron, N., & Hall, P. (2017). *The politics of social status: Economic and cultural roots of the populist right*. The British Journal of Sociology.
- Gerbaudo, P. (2018). *Social media and populism: An elective affinity?* Media, Culture & Society, 40(5), 745–753. <https://doi.org/10.1177/0163443718772192>
- Gerchunoff, P., & Torre, J. C. (1996). *La política de liberalización económica en la administración de Menem*. Desarrollo Económico, 36(143), 733–768.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo* (4ª ed.). Madrid: Akal.
- Ignazzi, P. (1992). *The silent counter-revolution: Hypotheses on the emergence of extreme right-wing parties in Europe*. European Journal of Political Research, 22(1), 3–34.
- Kitschelt, H., & McGann, A. J. (2016). *The contemporary radical right: An interpretative and explanatory framework*. En *The populist radical right: A reader* (pp. 352–385). Londres y Nueva York: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315514574>
- Lakner, C., & Milanovic, B. (2016). *Global income distribution: From the fall of the Berlin Wall to the Great Recession*. World Bank Economic Review. Licencia CC BY-NC-ND 3.0 IGO.
- Mondon, A., & Winter, A. (2020). *Reactionary democracy: How racism and the populist far right became mainstream*. Londres: Verso.
- Mudde, C. (2021). *La ultraderecha hoy*. Barcelona: Paidós.
- Mudde, C. (2024). *Populismo y derecha radical en el siglo XXI*. Rosario: UNR Editora.

Palma, J. G. (2009). *The revenge of the market on the rentiers: Why neo-liberal reports of the end of history turned out to be premature*. Cambridge Journal of Economics, 33, 829–869.

Palma, J. G. (2025, 31 de marzo). *Ricardo was surely right: The abundance of “easy” rents leads to greedy and lazy elites. A “post-Ricardian” critique of rentier-capitalism (and its “non-creative” destruction)*. Review of Political Economy. Advance online publication.

Polanyi, K. (2007). *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo* (4ª ed.). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1944).

Segal, N., Vicente, F., Lieutier, A., & Monza, M. (2024). *El 50º aniversario de las relaciones sino-argentinas desde una perspectiva sistémica*. Fundación Germán Abdala.

